habido de él: si lee, en lo que leía no hay acuerdo ni parar; si rezar, tampoco. Así que á esta mariposilla importuna de la memoria, aquí se le queman las alas: ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama; el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende: á mí no me parece que entiende; porque, como digo, no se entiende (1).

En estos párrafos está clarísima la solución del problema que tan incomprensible parecía al naturalismo; y es, que durante las uniones extáticas sobrenaturales que gozó Santa Teresa de Jesús, su alma dejaba de estar sometida á las leyes psicológicas que rigen los actos del espíritu humano en el orden natural, sea fisiológico, sea morboso.

En efecto: *cuando más descuidado está el hortelano;* sin trabajo sensitivo, intelectual ni voluntario, esto es, sin condición alguna de las que son indispensables en el orden natural para que las facultades anímicas cognoscitivas ó apetitivas ejerciten sus actos, el alma de Santa Teresa experimentaba repentinamente un conocimiento evidente de la presencia divina, que la encendía en amor vehementísimo á Dios.

Si tan elevado objeto llegaba á su alma fuera de toda vía ordinaria del conocer humano, y de aquí la conciencia que tenía la Santa de la falta de esfuerzo propio, tampoco era atendido, entendido ni amado después de llenar su espíritu, del modo natural que atiende, conoce y quiere la inteligencia y la voluntad

1) Ob. cit. *Vida*, cap. XVIII, pág. 160.

del hombre. Porque dicha profundísima atracción intelectual no estaba mantenida, ni por las impresiones de sus sentidos, que como no funcionaban no podían transmitir vibración alguna; ni por las imágenes y recuerdos de una fantasía y memoria, á las cuales *mariposillas importunas se les queman las alas y no pueden más bullir*, según el encantador estilo de la galana escritora; ni tampoco por los discursos más ó menos prolijos de una inteligencia, que absorta y deslumbrada, no reflexionaba siquiera ni lo mismo que entendía.

Pero se me dirá, ¿y cómo si el entendimiento no discurre, entiende; y cómo si no reflexiona lo que entiende, provoca su conocer tan encendido amor de la voluntad, acompañado de tan suave gozo?

Dios, que al crear el alma del hombre con sus potencias, dotó al entendimiento de una luz racional que le permitiera iluminar solamente las especies que llegan á él por los sentidos (1); Dios, que dictó las leyes del conocer humano, y que las mantiene inalterables en todos los casos naturales de la vida; esto es, Dios, Hacedor Supremo, puede mudar, suspender y sustituir estas leyes y operaciones cuando quiere y como quiere, por medio de un acto de su omnipotencia. Así lo hace en todo estado sobrenatural: sólo que unas veces suspende únicamente el ejercicio de tal ó cual facultad anímica, mientras las demás siguen actuando, como ya estudié, y otras veces suspende los sentidos, la imaginación, la memoria, y modifica los actos naturales del entendimiento y de la voluntad, de la manera que voy á decir.

(1) Al menos durante su vida mortal.

La presencia divina brilla directamente en el entendimiento del hombre con tal resplandor, que además de no necesitar de ninguna otra luz para dejarse ver con evidencia, ilumina la facultad cognoscitiva muchísimo mejor que lo hace el foco racional que naturalmente lo alumbra. La inteligencia, pues, contempla y conoce el objeto que así se le presenta, sin usar de los medios que le son precisos en circunstancias naturales.

Este hecho, aunque sobrenatural, no contradice, poco ni mucho á las nociones de la psicología; porque esta ciencia enseña que el concurso de los sentidos, tanto internos como externos, no es una necesidad de tal modo esencial é intrínseca á las operaciones del entendimiento humano, que sobrepuje al poder que Dios tiene de prestarle fuerza para que obre prescindiendo de semejante concurso; y al contrario, demuestra que la cooperación imaginativa es un acto realmente distinto del acto intelectual; tanto, que varias veces dicha cooperación es provocada por un acto propió de la inteligencia; cosa que supone, como se ve, dependencia intrínseca.

En esta clase de acto sobrenatural, suspendiendo Dios las operaciones de los sentidos internos, imaginación y memoria, suprime los groseros velos materiales con que llegan envueltas á la inteligencia las imágenes ó especies sensibles en todo acto intelectivo natural; y como además reemplaza la luz propia de la razón humana, pequeña y limitada, con la luz divina, el alma conoce entonces con evidencia y claridad elevadísimas el objeto infinito que atrae sus atónitas miradas.

Mas conviene advertir, que si es cierto que en estos

favores quita Dios los obstáculos de la materia y presta luz incomparablemente más intensa, también lo es que no concede al entendimiento la visión intuitiva y clara de la gloria, sinó otra con la que ve el objeto divino como á través de una gasa que, áun cuando transparente, es al fin obstáculo que la debilita; por lo que, alcanzando certidumbre y claridad sobrehumanas en su conocimiento, la razón solamente entiende lo incomprensible que es tan altísima presencia.

El velo que Dios pone á su luz, la elevación infinita del objeto que la inteligencia ha de conocer, y el asombro del alma al contemplarlo, que no le permite ni áun reflexionar en lo que ve ó entiende, explican muy bien las frases de Santa Teresa cuando dice, que *el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, ó al menos no puede comprender nada de lo que entiende.*

Y así es: la Santa, que tenía certidumbre completa de los conocimientos adquiridos durante sus éxtasis, empieza el período, sin embargo, con una frase dubitativa que dice, *el entendimiento, si entiende;* palabras que no pudiendo significar dudas acerca de si conocía ó no su inteligencia, dada su certeza afirmativa, manifiestan las que abrigaba respecto á si entendía ó no de una manera natural en pequeñísima parte, puesto que le faltaba conciencia de un hecho que debía caer bajo el dominio de su sentido íntimo, cual demostré hace poco.

Después añade la inspirada Doctora: *si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende.* La primera parte de la cláusula copiada, es lógica; pues una inteligencia que no reflexiona en su propio acto, no puede saber cómo

es dicho acto; y en cuanto á la segunda, medite el naturalista que el valor de las frases *entender cómo es* una cosa ó *comprenderla*, que son sinónimas, dan explicación de lo que sabiamente expone la insigne mística; porque si es verdad que rarísima vez sabe el hombre el *todo* de nada, se deduce que casi nunca entenderá *cómo son* los fenómenos que observa intimamente considerados, ora estudie los hechos más sencillos en apariencia, ora discurra en altos conceptos metafísicos. Y si desde Dios hasta el átomo traspasan el poder limitado de la razón, ¿qué extraño ha de parecer á nadie, que entendiendo el espíritu sobrenaturalmente, en estos casos, no pueda *comprender nada de lo que entiende* así? Para admitir lo contrario, habría de caerse en el absurdo de afirmar que lo finito comprendía lo infinito.

Mas véase ahora cuál es el estado de la voluntad en el éxtasis místico. Santa Teresa lo expresa repitiendo las palabras del Señor: *Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí, y ya no es ella la que vive, sino yo.*

Quieren decir estas divinas palabras, que el alma del extático, al propio tiempo que ve con su entendimiento la presencia divina, del modo que dije, ama también sobrenaturalmente con la voluntad. Tal amor nace por unirse el alma con Dios de modo tan íntimo, que se transforma afectivamente en Él, esto es, que toda entera se enciende, se consume, se *deshace* en el ardor que por su Dios siente.

Nótese que al escribir yo que el alma se transforma en Dios, he añadido que la transformación es *afectiva:* advertencia conveniente para que no crea el lector que caigo en la doctrina panteista condenada por la

Iglesia católica en el Concilio IV de Letrán, que afirmaba absurdamente que en estos casos el espíritu del hombre pierde su sér natural y se muda ó se transforma en el sér de Dios.

Ahora bien: el alma de Santa Teresa *transformada afectivamente* en Dios, perdía el afecto y sentimientos de todas las demás cosas, y hasta de sí misma, y sólo podía amar y sentir la presencia del Señor. De aquí la certidumbre que experimentaba durante sus uniones místicas de que amaba á Dios, presente en su alma, y la no menos exacta de que ninguna otra cosa sentía; y como este sentimiento experimental de la presencia divina era el único afecto conocido y sentido por su alma, resultan muy propias las palabras de la Santa cuando asegura que no vivía sinó en Dios y para Dios, *como quien de todo punto ha muerto al mundo, para vivir más á Dios, que ansí es una muerte sabrosa.*

Esta comunicación divina, engendrando un amor y gozo sobrenaturales, traspasa también los alcances de la razón humana; y por eso dice la Santa muy oportunamente, que *la voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama.*

De cuanto llevo dicho se deduce que la inteligencia y la voluntad de las almas extasiadas obran durante el estado de unión mística, con un conocimiento y amor experimentales que de sí mismo infunde Dios en ellas sobrenaturalmente. No puede ser de otra manera; pues hasta la filosofía enseña que toda substancia creada ejecuta sus actos mediante sus potencias, siendo exclusivo y propio sólo de Dios el identificarse el acto con la esencia. Por consiguiente, el contacto espiritual de Dios con el alma, no puede ser inmediato

con su esencia ó substancia, sinó únicamente operación en ella. Lo que sí acontece es, que los afectos sentidos en estos casos místicos por la voluntad, como son tan intensos, elevados y profundos, parece que se producen en la substancia del alma.

Todo lo que precede pasaba en ciertos momentos de la unión; pues en otros períodos acontecía lo que dice la Santa en el párrafo siguiente:

Verdad es, que á los principios pasa en tan breve tiempo (al menos á mí ansí me acaecía), que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto á entender, cuando pasa con brevedad: más bien se entiende en la sobra de las mercedes que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues ansí la ha derretido. Y nótase esto, que á mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora, es muy mucho: yo nunca á mi parecer, estuve tanto. Verdad es, que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente: mas digo, que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan á importunar: como la voluntad está queda, tórnalas á suspender, y están otro poco y tornan á vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración, y se pasan; porque comenzadas las dos potencias á emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan á perder de sí para estar muy más ganadas; y acompañan á la voluntad, y se gozan todas tres (1).

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XVIII, pág. 159.

Es decir, que la suspensión completa de todas las facultades superiores, notas características de las uniones extáticas, duraba media hora; hecho que se repetía varias veces, enlazándose estas suspensiones totales unas con otras por medio de intervalos durante los que tenían lugar los fenómenos propios de los grados que estudié antes, en los cuales, mientras permanece divinamente atada la voluntad, funcionan libre y naturalmente la imaginación, la memoria y áun el entendimiento. De suerte, que bien pudiera decir que en las horas que concede Dios este grado de oración á la criatura, goza ésta todos los favores místicos enumerados anteriormente, y además el que ahora explican los escritos de la Santa.

Distinguen los místicos en los éxtasis y en el rapto, el apogeo, *el alto*, y los *intervalos* que á veces suceden durante una misma unión extática. Los definen diciendo, que se entiende por *altos* aquellos espacios de tiempo en que el alma está toda perdida para sí misma y se une á Dios con todas sus potencias; y por *intervalos*, aquellos períodos en que, sin desaparecer la unión, se despierta alguna potencia, y opera en algun objeto distinto, como visión, locución ó noticia clara que Dios quiere comunicarle respecto á tal ó cual verdad: entonces dicha potencia se desprende de la unión, y se emplea en aquellos actos particulares de ver, oir ó entender lo que Dios la va significando. Un *alto* dura, según los citados autores, una media hora solamente: mas hay casos en que los altos y los intervalos se suceden de modo que no concluye la unión extática en muchas horas, y áun en varios días.

Llegando ya á los efectos que producían estos su-

bidos regalos divinos en la persona de Santa Teresa de Jesús, acaban de marcarse las diferencias que los separan de los estados naturales.

Así, en cuanto á los efectos corpóreos, escribe: *Esta oración no hace daño por larga que sea; al menos á mí nunca me le hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría* (1).

Efecto admirable y muy digno de notar; pues ninguno de los estados patológicos que el naturalismo declara idénticos, lo presenta en manera alguna, como tendré más adelante ocasión de ratificar.

Respecto al *por qué* de este maravilloso efecto, indícalo también la Santa cuando añade á renglón seguido: *¿Mas qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar que hubo gran ocasión, pues así quitó las fuerzas con tanto deleite, para dejarlas mayores.*

Luego, y refiriéndose á las consecuencias morales que experimentaba después de gozar tamaña ventura, escribe:

Queda el alma de esta oración y unión con grandísima ternura; de manera que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas. Hállase bañada de ellas sin sentirlo, ni saber cuándo, ni cómo las lloró; mas dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu de fuego con agua, que le hace más crecer...

Queda el ánima animosa, que, si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heróicas, la viveza

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XVIII, pág. 159.

de los deseos, el encomenzar á aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada y altamente que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro que para aquella excesiva merced y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla, ni para tenerla. Vese claro indinísima, porque en pieza adonde entra mucho sol, no hay telaraña escondida. Ve su miseria. Va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo poco ó ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi consentimiento, sino que parece, aunque no quiso, le cerraron la puerta á todos los sentidos para que más pudiese gozar del Señor. Quédase sola con El: ¡qué ha de hacer sino amarle!... Su vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios con gran verdad, y sin haber menester andar á caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender. De sí ve, que merece el infierno, y que le castigan con gloria; deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querría deshacer ahora...

Comienza á dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo, y á tener deseos de repartirlos con otros, y suplicar á Dios no sea ella sola la rica. Comienza á aprovechar á los prójimos casi sin entenderlo, ni hacer nada de sí; ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse á ellas (1).

Bastaría lo dicho para demostrar que son cosas distintas los grados de contemplación mística precedentes y los estados fisiológicos á cuya categoría se

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XIX, pág. 162.

pretende que desciendan. Mas como la distinción se ve todavía mejor examinando y comparando los *raptos* de Santa Teresa, la pondré de manifiesto, deteniéndome solamente en los signos nuevos que presentan estos grados contemplativos, y que no han sido estudiados en los anteriores.

CAPÍTULO VI.

QUE TRATA DE LOS ARROBAMIENTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS, SEGÚN ELLA LOS DESCRIBE.

Lo expuesto acerca del éxtasis da á conocer cuál es la esencia y naturaleza del *rapto* ó arrobamiento del alma en Dios. Mas con el fin de que se entienda bien lo que á esta unión extática se refiere, conviene poner aquí lo que el Angel de las Escuelas enseña á propósito del rapto de San Pablo.

«De tres modos, dice, es arrebatada la mente humana á la contemplación de la verdad divina; uno, para que la contemple mediante ciertas semejanzas imaginarias... otro, para que la contemple por medio de efectos inteligibles... el tercero, para que la contemple en su esencia» (1). Este tercer modo de que habla el Doctor Angélico, es propio de los bienaventurados en el Cielo, aunque se haya con-

(1) *Summ.*, 2. 2. q. 175, art. 3 ad 1.